

CUENTO N° 106

TÍTULO: DEUDAS PERPETUAS

SEUDÓNIMO: OLGA LABARCA HUIDOBRO

AUTORA: MARÍA SOLEDAD ESPINOSA RAMELLI

DEUDAS PERPETUAS

Te dijeron que le apodaban Vuela Poco, porque no tenía que ir muy lejos para aliviarse. También que no costaría mucho pasar por allí con el fin de darle una miradita a las cabras, que eran bonitas y todas iguales.

A ese chofer del Instituto que te llevó al tranque Schloman el año setenta y cuatro, nunca más lo viste. Tú andabas haciendo un estudio antropológico, buscando evidencias arqueológicas de los Changos entre Paposo y Quillagua. Estuviste quince días recorriendo la zona, comiendo y alojando en carpa con ese chofer insufrible que te asignaron. Él era de Antofagasta y se llamaba Marcos. Un viejo rechoncho, ladino, que se daba maña para engañar y sacar provecho: recogía boletas para justificar gastos inexistentes, anotaba falsas horas extras en su bitácora y llenó dos bidones de gasolina con los vales que te dieron para el viaje, que después se los quedó con el argumento de que “habían sobrado”. Ese viejo matrero te dijo que no fueras tan pacato, que solo era un desvío de doce kilómetros.

Ahora te encuentras en el mismo lugar, por ese impulso que le viene a los viejos de reconstituir el pasado y saldar deudas. Porque el remordimiento es porfiado e insiste en volver a aquello que dejaste pendiente, porque quieres encontrar la forma de librarte de ese dolor punzante, igual que duele el talón con un espolón calcáneo. Sentado a la sombra del añoso pimiento, todavía vivo, te preguntas si alguien habrá hecho algo por esas niñas en aquel entonces. Dudas. Piensas en esos días en que el país estaba petrificado; el gobierno militar había tomado el

control y no se movía una mosca. Todos atemorizados. Y por este desierto tampoco andaba ni un alma. ¿Quién se iba a molestar? te vuelves a preguntar. Se llamaba Leontina. Era una chica de unos quince años. Morena, flaca, de ojos redondos y negros, con una desgreñada y larga cabellera. Pretendía escaparse de su casa escondida en la pick up de tu camioneta. No lo advertiste, tampoco tu chofer, pero su padre sí.

Recuerdas que el hombre salió a despedirte. Habías estacionado frente a la puerta de la casa; esa hermosa vivienda estilo inglés, pintada de color verde esmeralda, con anchos corredores que la rodeaban. La viste hecha una ruina a causa del mal vivir de sus habitantes.

Paseas la vista a través de esa cuadrícula de vidrios rotos de la galería. Y como entonces, ves la vasta llanura desértica extenderse libre y sin obstáculos. Al bajar la vista hacia el fondo de la cañada, resplandece el verdor de los juncos y los rayos de sol espejean en el agua. Fijas la vista en el cauce del río perdiéndose en un dibujo que parece una serpiente parda verdosa, cortando el paisaje en su rumbo al mar, kilómetros más adelante. El tranque Schloman era una represa que acumulaba agua para la casa de máquinas de unas turbinas que alguna vez suministraron electricidad a oficinas salitreras aledañas, cerradas hacía décadas. En ese viaje encontraste evidencia de que los Changos habían usado esa ruta para comerciar con los atacameños. El pescado y bivalvos salados iban a la cordillera así como la fruta, papa, maíz y el precioso cobre, llegaban hasta la costa. Habías encontrado restos de cestería de junco en las laderas del río.

Don Rogelio se llamaba el Vuela Poco. Era el cuidador de las instalaciones de esa usina abandonada y de la casa. La empresa dueña le mandaba una vez al mes desde María Elena, las provisiones y su paga, te contó Marcos. El hombre no podía dejar su puesto ni tenía cómo movilizarse. Criaba gallinas, patos y cabras para mantener a su numerosa familia. Era el único lugar habitado en kilómetros, alejado de cualquier ruta. Había agua y pasto en abundancia.

A pesar de lo muy agradecido que Don Rogelio estaba de los víveres que le habías regalado, el hombre se puso descaradamente a tantear los bultos que llevabas atrás del vehículo. Lo miraste molesto por su impertinencia. Fue entonces que apareció la cabellera oscura de la joven agazapada bajo la lona. Viste sus ojos de espanto. Viste cómo el padre la agarró de los cabellos y la tiró abajo de la camioneta. Viste que se la llevó arrastrándola del pelo por el suelo, que le gritaba: “eris una puta, igualita que tu hermana grande, ya vai a ver, te voy a dar hasta que no tengai ni una gana de largarte”.

Fue una escena chocante, estabas espantado ante la violencia de ese hombre que instantes antes se había mostrado tan bonachón. Marcos te hizo una seña, te subiste al vehículo y salieron de allí prontamente, sin decir una palabra. Todo el camino hasta Antofagasta te fuiste pensando en esa pobre chica. Y tu chofer diciéndote que no tenías que meterte en asuntos que no te incumbían. Y tú preguntándole si acaso nunca nadie había hecho una denuncia. Y él respondiendo que para qué, si de seguro debe haber tenido a varias enterradas allí, algunas por mal parir, otras por haberse querido arrancar como Leontina; porque el viejo no se arriesgaba a que alguien lo fuera a delatar. Además, como estaban las cosas en

esos días, nadie se iba a querer meter... Y tenía razón, tu chofer, porque los juzgados estaban llenos de denuncias por personas desaparecidas, de lo que también poco se hablaba. Y el caso del tal Rogelio era una minucia, comparado con la desesperación de miles de familiares de personas detenidas sin dejar rastro. Las causas por presunta desgracia, los recursos de amparo, las denuncias de violaciones a los derechos humanos llenaban expedientes de cientos y miles de hojas en los tribunales.

Rodeado por el silencio del lugar, sientes resonar en tus oídos los gritos de Leontina. Como si su espíritu aún habitara esa casa y desde algún rincón te estuviera interpelando, te enrostrara tu falta de humanidad, tu indolencia. Se te aparecen dolorosas comparaciones: tu hija, tu nieta, durmiendo en sus cómodas y pulcras camas de sábanas blancas. Te sientes indigno de transitar por las huellas de pies descalzos que dejó Leontina. La congoja te abraza. Ella, una heroína que luchaba por escapar de ese abuso que la convertía en paria, pues además de ser una de las mujeres de Rogelio, era al mismo tiempo su hija y su nieta. Leontina era otro engendro de ese demonio, tal como lo eran todas las mujeres de esa casa, con excepción de la vieja, según te dijo durante el viaje tu chofer llamado Marcos.

Recorres las habitaciones. No encuentras ningún mueble. Solo las paredes ralladas con antiguos empapelados de seda rasgados. Está el salón donde estuviste sentado, mientras la mujer de Rogelio, muda y sin levantar la vista, preparaba una limonada. Te paseas por esos tres dormitorios en los que se

apiñaban a dormir las mujeres. Contaste como trece, entre adultas, jóvenes, niñas e infantes. Rogelio, el único hombre.

Llegas al fondo del corredor que se abre en un patio de baldosas saltadas o faltantes. Allí encuentras la letrina, ese lugar nauseabundo que tuviste que usar aquella vez de tu visita. Ves el hoyo cubierto de tierra, no sientes olor alguno. En ese cubículo sin techo imaginas a Leontina en una de sus noches de horror, sentada sobre ese cajón de madera para botar su orina mezclada con semen, mirando a lo alto las estrellas, esa ventana al cielo que se le abría hacia el espacio infinito, como infinita era su necesidad de salir de allí.

Te sientes turbado. No estuviste a la altura. Piensas que fue porque eras demasiado joven. Pero sabes que esa es una mera justificación, porque lo cierto fue que huiste; siempre es más fácil arrancar y esconder la cabeza, como avestruz. Los chillidos de Leontina vuelven a resonar en tus oídos. Te dices que es el viento que pasa entre los techos y muros de hojalata retorcida, calcinada por el sol. Y te parece oír a la desventurada pidiéndote ayuda, gritando que la rescates, rogando por su vida.

Merodeas en busca de alguna tumba. Quieres encontrar su nombre escrito para hincarte y pedirle perdón. Porque fuiste un poco hombre, un cobarde. No encuentras nada, ni tumba ni nombre, porque quizá ni siquiera eso tuvo Leontina: un lugar para ser recordada y descansar en paz. Tampoco logras con este viaje sentirte exonerado de la culpa que ahora sientes royéndote el alma, más viva que

nunca, mientras el desierto se va ensombreciendo con tonos violetas y el viento resuena doliente como un clamor.

